

El marco estratégico de las relaciones entre América Latina y la Comunidad Económica Europea*

Lucrecia Lozano**

La reflexión sobre el estado actual y las perspectivas de la relación entre América Latina y la Comunidad Económica Europea obliga, necesariamente, a revisar los rasgos fundamentales que privan en el contexto internacional contemporáneo, tanto en su dimensión económica y comercial como en el nivel de las modificaciones operadas en el equilibrio de poder existente hasta hace escasos meses.

Sin duda, hoy en día una de las notas características del escenario internacional es su perfil cambiante y transitorio, cualidad que impacta al conjunto de las relaciones económicas, políticas, estratégicas e ideológicas mundiales. Dentro de esta suma de modificaciones, las siguientes tendencias se distinguen de manera peculiar:

1. La globalización de la economía y la difusión generalizada de la economía de libre mercado, fenómenos que corren a la par de los más profundos cambios estructurales experimentados por la producción mundial en lo que va del siglo, y

2. La ruptura del orden mundial que se articula al término de la Segunda Guerra Mundial y que, no sin un buen número de cambios y alteraciones, definió a las relaciones políticas y estratégicas internacionales en las últimas cuatro décadas y media.

Antes de analizar qué papel juega y qué rol desempeñará América Latina en la estructuración del nuevo paradigma económico global y en la configuración del orden mundial de la posguerra fría —y por ende de qué manera se articulará la relación de la región con la Comunidad Europea—

quisiéramos ofrecer un somero diagnóstico sobre los que consideramos son los rasgos más relevantes del escenario económico y geopolítico internacional actual:

La reestructuración productiva mundial

1. La revolución científico-tecnológica y la reestructuración productiva derivada de ésta han dado lugar a un profundo reordenamiento de la economía mundial. Originado en las economías capitalistas centrales, este proceso se ha difundido a nivel global en los últimos años, conduciendo a la supremacía de las industrias de alta tecnología —“industria de punta”— en la producción.

El nuevo paradigma económico que la llamada Tercera Revolución Industrial viene desarrollando ha generado drásticos cambios en el proceso productivo: desde la configuración de nuevas formas de organización de la producción y el despliegue de novedosos y originales procesos —como la robotización y la automatización, o el surgimiento de especies nuevas vinculadas a la ingeniería genética y la biotecnología, etcétera—, hasta el desarrollo y uso de nuevos insumos —productos básicos— en la elaboración de los modernos diseños industriales y la sustitución creciente de la producción intensiva en mano de obra y materiales por la producción intensiva en conocimiento.

Esta reorganización productiva está articulando a su vez una nueva división internacional del trabajo, acorde con los requerimientos planteados por la



* Ponencia presentada en el Seminario Internacional “América Latina y México ante la Unión Europea de 1992”, Universidad Autónoma de Puebla, México, 28-30 de octubre de 1991.

** Coordinadora del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

producción y circulación de los bienes y servicios generados en las economías industrializadas sobre la base de la modernización y la innovación tecnológica. Las hoy en día llamadas "industrias de punta", entre las que destacan la microelectrónica, la biotecnología y la producción de nuevos materiales, son objeto de la más amplia investigación y difusión en los países avanzados, en tanto que los países en vías de desarrollo enfrentan el desafío que estas modificaciones productivas y tecnológicas plantean en sus procesos internos de acumulación y reproducción.

2. La articulación del nuevo paradigma económico va de la mano con el proceso de integración o globalización de la producción y los mercados —e incluso de la cultura—, el cual supone una circulación más libre de capitales y mercancías. En este movimiento, las empresas transnacionales y los organismos financieros de carácter internacional van ocupando crecientemente el espacio que en la toma de decisiones económicas ha desempeñado tradicionalmente el Estado. Pese a su complejidad y contradicciones, este proceso de globalización es irreversible y definirá el curso de las relaciones económicas y políticas mundiales en las próximas décadas.

3. Como corolario del proceso de globalización, así como para asegurar los espacios económicos que requiere la circulación de los bienes y servicios producidos con base en la modernización tecnológica y como expresión de la cada vez mayor incidencia del comercio en las relaciones económicas mundiales, los países más desarrollados vienen impulsando un dinámico proceso de integración de grandes bloques comerciales estructurados, hasta ahora, en torno a tres ejes: la Cuenca del Pacífico, integrada por los NIC's asiáticos y Japón y hegemonizada por este último; el conglomerado multiestatal de la Comunidad Económica Europea (CEE), cuya integración será sancionada formalmente en diciembre de 1992 y tiene como eje dinamizador a la economía alemana; y a la zona de libre comercio de América del norte, conformada por Canadá y Estados Unidos y a la cual se integrará próximamente México.

La globalización económica y la formación de estos bloques comerciales no sólo tiende a reemplazar el viejo poderío de los grandes Estados individuales, también ha potenciado las relaciones mercantiles en los ámbitos regionales y amenaza con reducir la participación de los países del Tercer Mundo en la nueva estructura de poder en gestación si sus economías no emprenden las transformaciones estructurales que se requieren para insertarse de manera más competitiva y dinámica en el nuevo paradigma económico que se configura a pasos acelerados. No hay que perder de vista, además, que tanto el curso de la economía mundial como la reciente desaparición del bloque socialista y la drástica

disminución del poderío internacional de la Unión Soviética han abierto un periodo de predominio absoluto de los centros capitalistas en el escenario internacional.

4. Existe en la actualidad una clara tendencia a la politización de los asuntos económicos internacionales, particularmente en lo que compete al comercio. Las gestiones comerciales globales están cada vez más sobredeterminadas por consideraciones de carácter político que emanan de los grandes centros industriales —particularmente de la gran empresa transnacional— y que en la dinámica de la consolidación de los bloques mercantiles dan prioridad al proteccionismo y a la activación de los procesos productivos regionales. La transición que vive el mercado mundial apunta a una etapa superior, con claro predominio de las manufacturas y servicios vinculados a las nuevas tecnologías y en la que se observa la declinación del peso relativo de los productos primarios y las manufacturas que se basan en la mano de obra barata y son característicos de las economías en desarrollo.

5. El conjunto de estos cambios en el sistema económico internacional tiene lugar en un momento en el que la economía de Estados Unidos, otrora eje dinámico de la producción occidental de la posguerra, experimenta una declinación hegemónica que hasta el momento no ha podido revertirse. Este proceso corre paralelo con la emergencia y consolidación de potencias económicas como Alemania y Japón, que aunque carecen del *status* de superpotencia mundial, como Estados Unidos, han superado en los últimos años a la economía de este país en rubros productivos y tecnológicos como aparatos electrónicos, textiles, industria y automotriz, máquinas-herramienta y, en los últimos años, también en la fabricación de semiconductores.¹

Diversos analistas explican esta disminución de la hegemonía económica estadounidense como consecuencia del excesivo gasto militar y la insuficiente atención a las tareas productivas.² Dicha declinación se expresaría en la caída de las exportaciones agrícolas y en la relativa decadencia industrial del país, lo que ha conducido a la pérdida de competitividad de los productos industriales estadounidenses en los mercados internacionales. Tal situación, aunada a la crisis agrícola, ha incrementado a niveles nunca antes vistos el déficit comercial, al cual se ha respondido mediante una política de endeudamiento externo que ha transformado a Estados Unidos "de

¹ Vid. Michael L. Dertouzos, et al., *Made in America, Regaining the Productive Edge*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1991.

² Vid. Víctor López Villafañe, "Los inicios de la poshegemonía norteamericana. La declinación en la Cuenca del Pacífico y la política de nuevas alianzas: El caso del Tratado de Libre Comercio con México", ponencia presentada al XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), La Habana, 28-31 de mayo de 1991.

ser acreedor más importante del mundo a ser la nación más deudora del mundo en el lapso de unos pocos años".³

El actual reordenamiento del sistema internacional conduce a la configuración de una nueva estructura de poder que supone la modificación de las cuotas de hegemonía internacional detenidas por las grandes potencias de la posguerra.⁴ Subsumida en una crisis política y económica de largo alcance, la Unión Soviética ha abandonado su anterior política externa de proyección de sus intereses a nivel internacional para volcarse a la resolución de sus problemas internos; Estados Unidos, por su parte, enfrenta los retos de remontar la recesión económica y la crisis de productividad que a partir de la pasada década han puesto en entredicho la capacidad de esta superpotencia de seguir ejerciendo el liderazgo internacional que mantuvo en los últimos 45 años. Ambos movimientos coinciden, además, con la emergencia y consolidación de Alemania y Japón como potencias regionales. En este complejo panorama, sin embargo, "aunque los Estados Unidos se encuentren en una etapa de pérdida hegemónica en el terreno económico frente a otros países y regiones, para América Latina todavía la presencia norteamericana será por un largo periodo el poder hegemónico regional".⁵

6. El momento mundial actual se caracteriza por el fin de la bipolaridad estratégica entre las grandes superpotencias —la Unión Soviética y Estados Unidos— y por la emergencia de un escenario internacional económica y políticamente multipolar, en el cual Estados Unidos —otrora indiscutible poder hegemónico en occidente— debe desarrollar la capacidad de mantener su liderazgo dominante en la nada sencilla empresa de consolidar y recrear una economía mundial predominantemente basada en el liberalismo económico y expandida desde finales de 1989 por la incorporación de los países de Europa Central a este modelo.

El reto es grande en la medida en que la economía internacional se volvería inestable de no lograrse el objetivo de que "la disposición de mantener un

régimen de economía de mercado en el sistema internacional sea compartida por las otras potencias de importancia del sistema" y porque, si bien es cierto que Estados Unidos mantiene una capacidad hegemónica relativa "frente a los países de reciente industrialización y en desarrollo y aun en aspectos específicos, frente a Japón su capacidad global ha sufrido un importante deterioro debiendo negociar 'transacciones' en comercio, finanzas y tecnología" tanto con este país como con la CEE.⁶

La escena internacional es hoy día más compleja y transnacionalizada: el poder político y económico proliferó en los últimos años a la par de la relativa erosión hegemónica de la economía estadounidense en el sistema capitalista, el ascenso de Alemania y Japón y la emergencia de China y países de desarrollo medio —como los llamados NIC's asiáticos—, los cuales "tienen pretensiones de jugar un rol diferenciado en las relaciones internacionales".⁷

7. En la relación política de los países industrializados con las naciones en desarrollo se ha apreciado en los últimos tiempos una postura que prioriza la articulación de alianzas o un sistema de alianzas bilaterales y selectivas con los países de desarrollo medio —"clase media internacional" la denominan algunos analistas—, así como la tendencia a fragmentar la unidad de estos países no aceptando la integración de bloque político o económico alguno como interlocutor legítimo en las negociaciones internacionales.

Distensión y cambios geopolíticos globales

Marcada por el colapso de los regímenes de Europa central y la crisis política y económica de la Unión Soviética —lo que ha dado lugar al desmantelamiento de la alianza político-ideológica, económica y militar que dio sustento al llamado bloque socialista durante la posguerra—, la terminación de la guerra fría y la bipolaridad que le fue intrínseca han alentado una significativa reducción de la confrontación Este-Oeste que encabezada por las dos superpotencias definió la dinámica de las relaciones internacionales en los últimos cuarenta años.

El avance de la distensión que tiene lugar a nivel mundial dista mucho de ser homogéneo. "Los ritmos y alcances de este proceso varían de región en región y guardan una estrecha relación con el peso

³ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, España, Editorial Plaza & Janes, 1989, p. 641. El autor da la cifra de 1.823,1 miles millones de dólares como monto de la deuda externa de Estados Unidos en 1985 y agrega que de mantenerse las tendencias existentes en la economía de este país la deuda nacional se incrementaría "a unos 13 billones de dólares en el año 2000 (catorce veces la de 1980)", que para entonces sumaba 914,3 mil millones, "y los pagos por intereses de aquella deuda a 1,5 billones de dólares (veintinueve veces la cifra de 1980)", equivalente en ese año a 52,5 miles de millones de dólares, *vid.* p. 641.

⁴ Vid. Luis Maira, "América Latina y el nuevo escenario internacional", ponencia presentada en el *Encuentro Internacional de Latinoamericanistas "América Latina a fines del Siglo XX"*, XXX Aniversario del Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, México, 5-7 septiembre de 1991.

⁵ Víctor López Villafañe, *op. cit.*, p. 2.

⁶ Carlos J. Moneta, "Mitos y realidades del Nuevo Orden Mundial: escenarios posibles", en *Capítulos del SELA, Sistema Económico Latinoamericano*, núm. 29, Caracas, abril-junio de 1991, p. 7.

⁷ Roberto Russel, "Europa Occidental y América Latina: Lecciones de las dos últimas décadas", en *América Latina, Europa Occidental y Estados Unidos ¿Un nuevo triángulo Atlántico?*, comp. Wolf Grabendorff y Rorand Roett, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984, p.123.

hegemónico o la pérdida de influencia global de las superpotencias".⁸

Sin duda, ha sido el escenario europeo en donde la distensión ha alcanzado sus resultados más dramáticos y notables, particularmente en lo que respecta al área de Europa central. Las transiciones en curso en esta zona no sólo han clausurado el enfrentamiento estratégico característico de la guerra fría, sino que impulsan de manera acelerada el desarrollo de la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado.⁹

Desde la perspectiva de la defensa y conservación de sus intereses de seguridad estratégicos en la región de Europa central, tanto la Unión Soviética como la Comunidad Europea enfocan sus preocupaciones y atención en el excesivamente complejo —y en los últimos tiempos peligrosamente amenazante para la estabilidad del área— desenvolvimiento de la transición en los países de esta zona. Hoy en día ha desaparecido la euforia inicial que, particularmente en Estados Unidos y en naciones como la ex-República Federal Alemana, despertaron los cambios en los países del Este y que por su carácter relativamente pacífico dieron lugar a la acuñación del término "revoluciones de terciopelo".

Las expectativas e ilusiones de que las transformaciones políticas y económicas de tendencia liberal en las sociedades centro-europeas garantizarían transiciones hacia el capitalismo y la democracia ausentes de crisis, desórdenes sociales e inestabilidad política e incertidumbre económica se han venido estrellando en los últimos meses contra las limitaciones que la misma realidad de estos países y el contexto internacional imponen inexorablemente.¹⁰

Si la Unión Soviética, aunque inquieta por el curso que puedan tomar los procesos políticos en una zona considerada como su frontera de seguridad, ha optado en los últimos meses por no intervenir en los asuntos de la transición en Europa central y ha renunciado a un proyecto tan caro a la defensa estratégica y militar de sus intereses tradicionales como lo fue el Pacto de Varsovia, los países de la Comunidad Económica Europea van concentrando su interés político —y consecuentemente económico— en los procesos de esa área. Profundamente preocupados porque las reformas en los ex países del socialismo real "no se conviertan en explosiones incon-

troladas"¹¹ que amenacen la estabilidad política del continente europeo e impacten negativamente el proyecto de la Europa unida del '92, los países de la Comunidad Europea están comprometiendo significativos esfuerzos de cooperación económica, comercial, política y financiera —y ultimadamente en gestiones de pacificación frente a la guerra civil en Yugoslavia— hacia las llamadas "democracias emergentes" de Europa oriental, hacia las cuales están impulsando una relación especial en desmedro de los presupuestos de ayuda a las naciones en vías de desarrollo.¹²

Lo anterior lleva a reforzar la afirmación de que aunque América Latina —en tanto región de mayor desarrollo relativo dentro del conjunto de los países del sur— pueda volver a atraer en el futuro el interés de la Comunidad Europea, la relación entre ambas regiones seguirá teniendo un carácter secundario y marginal en el abanico de prioridades de este bloque, misma que, hoy por hoy, se centran en los siguientes temas:

1. Los asuntos propios de la integración europea, hondamente impactada por la reunificación alemana de 1990;

2. Las transiciones en Europa central, y

3. La permanentemente inestable situación política del Medio Oriente y el Golfo Pérsico, cuya producción petrolera abastece en un alto porcentaje a las economías de Europa Occidental.¹³

Respecto a la posición de la URSS frente a las naciones del sur, y particularmente con América Latina, es preciso señalar que tras haber desplegado una activa política hacia los países en vías de desarrollo durante las décadas de los sesenta y setenta, la cual coincidió con el rápido desarrollo de la economía soviética, con el ascenso y difusión de los movimientos de liberación y con la atracción que ejerció sobre dichos movimientos la ideología marxista-leninista, esta nación ha llevado a cabo una profunda redefinición de su política exterior en los ochenta,¹⁴ que la ha conducido a privilegiar las relaciones diplomáticas y comerciales con el mundo occidental

¹¹ Tito Drago, "Un viento helado sobre nuestras relaciones con Europa", en *Nueva Sociedad*, núm. 106, Caracas, marzo-abril de 1990, pp. 128-134, pág. 129.

¹² Nigel Twose, director en Londres del Instituto Panos, se refirió al siguiente comentario de un funcionario de la Comunidad Europea a quien, por haberse tratado de una conversación privada, no quiso nombrar: "Si hay que encontrar nuevos fondos, y así debe ser, no hay otro lugar dónde hallarlos que en los presupuestos de ayuda a los países en vías de desarrollo", citado por Drago, *ibid.*, p. 131.

¹³ Vid. José Miguel Insulza, "Europa y América Latina ante la reestructuración global", en *Nueva Sociedad*, *op. cit.*, pp. 98-104.

¹⁴ Alexei Izyumov y Andrei Kortunov, "Redefining Soviet Foreign Policy", en *Hemisphere (A magazine of Latin American and Caribbean affairs)*, volume one, number three, Florida National University, Summer 1989, pp.30-32.

⁸ Lucrecia Lozano, "Nuevo orden mundial: ¿nuevas relaciones entre Estados Unidos y América Latina?", en *México Internacional*, año 2, núm. 21, mayo de 1991.

⁹ Para el análisis de esta nueva tragedia de seguridad basada en la democracia política y el libre mercado ver Ana María Ezcurra, *El conflicto del año 2000. Bush: intervencionismo y distensión*, México, El Juglar Editores, 1990.

¹⁰ Lucrecia Lozano, *op. cit.*

en detrimento de la orientación predominante en el pasado, dirigida a proyectar sus intereses e influencia en los países del entonces llamado Tercer Mundo apoyando a fuerzas revolucionarias y a movimientos de liberación.

Analizando la postura observada por la URSS frente a sucesos recientes en América Latina y el Caribe, como la invasión estadounidense a Panamá en diciembre de 1989 o los drásticos cambios en la relación con un viejo aliado estratégico en el área como Cuba, no es exagerado afirmar que en sus definiciones actuales de política exterior América Latina es percibida por esta potencia como una zona de influencia de Estados Unidos en la cual ella "nada trascendente tiene que hacer allí".¹⁵

La distensión actual empieza a delinear una

todavía inacabada división internacional de zonas de influencia, en la cual el rol asignado a América Latina y el Caribe no es objeto de debate y discusión alguna entre las grandes potencias. Como en el pasado —en una concepción que se gesta e irradia desde el siglo XIX—, la región es ratificada, en el nuevo orden global que se configura, como una zona neutral de influencia de Estados Unidos con la particularidad de que hoy en día ha desaparecido el contrapeso relativo que la política exterior soviética y el enfrentamiento estratégico entre dos bloques impuso en las últimas décadas al intervencionismo norteamericano.¹⁶

América Latina: crisis y ajuste, marginalidad y pobreza

No es posible intentar una aproximación a las tendencias y perspectivas de la relación entre América Latina y la Comunidad Económica Europea sin presentar un diagnóstico de la situación que guarda la crisis económica regional, analizar su impacto político y social y explorar los alcances y limitaciones de la reconversión económica que bajo los lineamientos neoliberales se viene impulsando en la mayoría de los países del área desde hace más de una década en el marco de la reestructuración productiva que opera en el sistema económico mundial.

Los años ochenta dan cuenta de la precipitación y desarrollo de la más grave crisis económica vivida por América Latina y el Caribe en su etapa independiente. Determinado por condicionamientos externos y por factores internos y de carácter estructural, el movimiento recesivo que impacto a las economías latinoamericanas a partir de 1982 coincidió con el proceso de reordenamiento de la economía "que con base en la revolución científico-tecnológica y la

reestructuración productiva derivada de ésta ha tenido lugar a nivel global en los últimos años y ha conducido a afirmar la supremacía de las industrias de alta tecnología científicamente avanzadas en la producción".¹⁷

El impacto acumulado de la crisis de la deuda externa, la recesión y las políticas de ajuste de corte neoliberal ha acentuado la pobreza y la marginalidad sociales; también ha exacerbado la ya de por sí extrema polarización de las sociedades latinoamericanas y caribeñas y ha potenciado el fenómeno de la informalidad económica y la difusión de los movimientos migratorios en gran escala.

De acuerdo con Andrew Crawley,¹⁸ en la región cuatro de cada diez personas viven por debajo del nivel de pobreza, más del 25 por ciento de la fuerza laboral está desempleada y el empleo y el subempleo afectan al 44 por ciento de la fuerza laboral (unos 80 millones de personas). Datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) indican que aunque la economía regional dejó de crecer en la década de los ochenta, la población del área aumentó de 362 millones de habitantes en 1980 a 426 millones en 1990. Tanto la recesión como las modificaciones en el sistema de empleo, el deterioro del salario real y las restricciones del gasto público incidieron en el aumento de la pobreza extrema, sobre todo en las zonas urbanas. Así, mientras que en 1980 112 millones de personas (35 por ciento de los hogares) vivían por debajo de la línea de la pobreza, para 1986 éstas habían aumentado a 164 millones (38 por ciento de los hogares). Por su parte, el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) señala respecto al desempleo total que éste se incrementó de 25 millones de personas en 1980 a 39 millones en 1986.

Nuevas formas de dependencia generadas a partir de la crisis de la deuda externa y el severo ajuste ejecutado en la década de los ochenta se agregan a las viejas estructuras y relaciones dependientes articuladas históricamente. Tanto los programas de estabilización y ajuste formulados por los organismos financieros internacionales, la transferencia de recursos financieros y la declinación de la posición comercial de los países de la región son manifestaciones de la nueva y cada vez más compleja fisonomía que la dependencia ha asumido en el área en los últimos años.

En términos financieros, América Latina se ha convertido en la década pasada en una exportadora neta de capitales por concepto del pago de utilidades e intereses. Entre 1982 y 1990 la región transfirió al

¹⁷ Lucrecia Lozano, "Ajuste y democracia en América Latina", ponencia presentada al XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), La Habana, 28-31 de mayo de 1991.

¹⁸ Andrew Crawley, "Europa y América Latina en los 90", en *Nueva Sociedad*, op. cit., pp. 135-145.

¹⁵ Tito Drago, op. cit., p. 129.

¹⁶ Lucrecia Lozano, op. cit.

exterior recursos que sumaron 223.6 mil millones de dólares sólo por concepto del pago del servicio de una deuda externa que se incrementó de 356.7 mil millones de dólares en 1983 a 422.6 mil millones en 1990.

Diversas instituciones y analistas afirman que de no resolverse el problema de la deuda persistirán las restricciones a la recuperación económica.

La transferencia negativa de recursos externos a que se halla sometida América Latina y el Caribe desde hace casi una década, impone a las economías una doble exigencia: generar permanentemente voluminosos superávits comerciales y lograr que los Estados obtengan recursos excedentes que les permitan atender la carga financiera de la deuda externa. Los superávits comerciales se han producido mediante la retracción del nivel de actividad o bien mediante un esfuerzo exportador.¹⁹

En el proceso de reestructuración productiva mundial y en la configuración del nuevo sistema de poder de la posguerra fría, América Latina es objeto de una marginalización creciente "y corre el riesgo de sufrir una marginación estructural de no frenarse y revertirse las tendencias al deterioro económico y a la pérdida de competitividad que han venido desplegándose en los últimos años".²⁰

La disminución de la presencia de América Latina en la economía internacional se observa, por ejemplo, en su incidencia decreciente en el comercio mundial y en su restringida participación en el destino de la inversión extranjera directa. Desde los años setenta la región experimenta una pérdida gradual de su posición relativa en el comercio mundial. De acuerdo con la CEPAL,²¹ mientras que el valor de las exportaciones totales de América Latina y el Caribe representaban el 12 por ciento de las exportaciones mundiales en 1950 y el 7.7 por ciento en 1960, esta participación disminuyó al 5.5 por ciento en 1980 para declinar al 3.9 por ciento en 1988. Dicho decrecimiento se ha observado pese a que América Latina ha llevado a cabo un aumento en el valor agregado de sus exportaciones y ah impulsado la diversificación de sus mercados exteriores.

Tanto la deuda externa como las políticas de ajuste mermaron, sin duda, la capacidad importadora de América Latina cuyas economías, como consecuencia de lo anterior, perdieron relevancia para las exportaciones mundiales. Las políticas sustitutivas aplicadas en el pasado también "dificultaron la expansión del

intercambio, restaron competitividad internacional a los productos latinoamericanos y acentuaron la especialización regional en el suministro de materias primas o mercancías con poco grado de elaboración".²²

Respecto a los aportes externos de capital, hay que afirmar que se detecta la misma tendencia que en las exportaciones regionales: la participación de las economías latinoamericana y caribeña en la inversión directa a nivel mundial disminuyó de un promedio del 12-13 por ciento en el periodo 1977-81 al 5.3 por ciento en 1986-87.²³ La recepción de la inversión se concentró, además, en sólo cuatro países: México, Colombia, Brasil y Argentina, los cuales acapararon el 86 por ciento del total de las inversiones en 1982-87.

Cualquier proyecto que pretenda recuperar la presencia comercial de América Latina en el mundo exige no sólo remontar la recesión y la crisis económica, sino también impulsar la reconversión de la economía, toda vez que el modelo de desarrollo impulsado en las últimas décadas hace ya tiempo que mostró su definitivo agotamiento.

Los países de América Latina y el Caribe no pueden ni deben autoexcluirse de los cambios y transformaciones que plantea la actual reestructuración de la economía mundial. La región deberá incorporarse a este reconversión productiva a fin de recuperar un crecimiento que a la par de favorecer una inserción competitiva y dinámica en el mercado mundial, garantice el desarrollo social y la soberanía de las naciones del área.

Del conjunto de países en desarrollo, América Latina ha sido el área que más terreno perdió en el sistema económico internacional en la década de los ochenta a causa de la crisis, debido no sólo a que se encontraba más integrada a ésta al constituir la zona de mayor desarrollo relativo dentro del grupo de naciones del Tercer Mundo, sino también porque en la década de los setenta se convirtió en un socio activo en la escena económica y política internacional, tanto por sus iniciativas económicas —Nuevo Orden Económico Internacional, Carta de Deberes y Derechos de los Estados, etcétera— como por la proyección de una política exterior agresiva y dinámica.

Crecientemente vulnerables a los condicionamientos extensos, que lo mismo tienen que ver con los avances de la revolución tecnológica que con el descenso de los precios de las materias primas —fenómenos que se encuentran fuera del control de las economías

¹⁹ CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 1990*, 19 de diciembre de 1990, p. 2.

²⁰ Lucrecia Lozano, *Ajuste y democracia...*, op. cit., p. 5.

²¹ CEPAL, *Reestructuración productiva con equidad*, mayo de 1990, p. 24.

²² Rafael González Rubí, "América Latina-CEE: encuentros cercanos y barreras no arancelarias", en *Comercio Exterior*, revista mensual del Banco de Comercio Exterior, vol. 41, núm. 6, México, junio de 1991, pp. 558-562.

²³ *Ibid.*, p. 47.

del área—, nuestros países deben enfrentar, además, el reto de superar su ya tradicional fragmentación, pues sólo la formulación y puesta en práctica de una estrategia común a nivel regional permitirá emprender el camino del desarrollo, hacer frente a las políticas proteccionistas de las naciones industrializadas y garantizar un trato simétrico en las relaciones políticas, económica y comerciales con ellas.

Los diferentes niveles de desarrollo y de potencial económico, humano y material han llevado a los países latinoamericanos a adoptar, en no pocas ocasiones, posiciones divergentes frente a determinados asuntos económicos internacionales y a asumir estrategias distintas frente al mundo industrializado. De otra parte, las economías centrales han impulsado en los últimos años una política internacional que descarta la negociación con los países del sur a través de foros de concertación económica y política—como el Grupo de los 77, el Movimiento de los No Alineados, la OPEP, etcétera— y favorece las “alianzas selectivas” y/o las relaciones bilaterales—sobre todo con los países de desarrollo medio— como vehículo para “conseguir una inserción más ventajosa en la economía internacional a partir de las debilidades y ventajas específicas de cada país”.²⁴

Frente a tal panorama sólo la acción concertada de los países de América Latina, conjuntamente con la necesidad de imprimirle un contenido social y democrático al proceso de reconversión económica en curso, garantizarán la solución de la crisis y establecerán las bases para el desarrollo social y la articulación ventajosa de la región en la economía mundial.

Las relaciones CEE-América Latina: estado actual y perspectivas

Inmersa en la perspectiva de la construcción de un mercado común que será formalizado a fines de 1992, Europa Occidental constituye en la actualidad una de las áreas económicas más dinámicas del mundo.

Con una población cercana a los 320 millones de habitantes, la CEE representa el principal mercado de occidente y es la más grande zona importadora y exportadora del mundo al concentrar el 38 por ciento de las exportaciones mundiales totales—que equivalen al 9 por ciento del PIB comunitario— y el 37 por ciento de las importaciones,²⁵ en tanto que competidores comerciales como Estados Unidos y Japón participan respectivamente con el 15 por cien-

to y el 9 por ciento de las exportaciones mundiales y América Latina, con 420 millones de habitantes, sólo con el 4 por ciento.²⁶

Pese a esta situación, de todos los países y regiones industrializados—y sólo superada por Japón, que tiene que importar más del 90 por ciento de sus insumos—, la CEE es altamente dependiente de los aportes externos de materias primas: un 75 por ciento de sus requerimientos en este renglón debe ser cubierto en el mercado internacional.

Aunque para América Latina la CEE es, después Estados Unidos, el segundo socio comercial en importancia en ventas y en compras y la región se ha visto favorecida en el pasado reciente por el comercio comunitario, puede afirmarse que las relaciones comerciales entre ambas regiones son más bien tibias y carecen de dinamismo, se caracterizan por la asimetría en el intercambio mercantil y apuntan a “una continua marginalización de América Latina en el comercio total de la CE”,²⁷ sobre todo ahora que inicia la década de los noventa y el interés económico y comercial y la ayuda de la Comunidad se han enfocado de manera creciente hacia los países de Europa central y muy posiblemente se dirijan en el futuro también a la URSS.

Datos sobre el comercio y la inversión de la CE en América Latina permiten avalar la anterior apreciación: la participación latinoamericana en el comercio extracomunitario cayó del 8.3 por ciento en 1965 al 5.8 por ciento en 1987, nivel muy similar al existente a principios de la década.

El intercambio comercial entre América Latina y la CEE se distingue también por su asimetría: las exportaciones latinoamericanas están compuestas en un 80 por ciento por productos primarios y sólo un 20 por ciento comprende productos manufacturados con algún grado de elaboración. Por el contrario, el 90 por ciento de las exportaciones de la CE hacia América Latina consiste en artículos industriales.

En lo que respecta al rubro de las inversiones externas de la CEE en los países en vías de desarrollo, América Latina ocupó en los años ochenta un lugar preeminente al concentrar el 36.6 por ciento del total de éstas. Sin embargo, el desarrollo de nuevas tendencias comerciales alentadas por prioridades políticas a finales de la década pasada están reorientando la inversión comunitaria a las naciones de Europa central, además de que recientes flujos han sido dirigidos a las economías del sudeste.

Independientemente de que las anteriores tendencias se consoliden y reafirmen en los próximos años, es pertinente señalar que el mayor porcentaje de las

²⁴ Roberto Russell, *op. cit.*, p. 127.

²⁵ Vid. SELA, *La economía mundial y el desarrollo de América Latina y el Caribe*, Caracas, ed. Nueva Sociedad, 1988, cap. IV, “Relaciones externas de América Latina y el Caribe”, pp. 103-152.

²⁶ Ignacio Bosombró, “Situación y perspectivas de la relaciones A.L.-CE”, en *Nueva Sociedad*, *op. cit.*, pp. 146-155.

²⁷ A. Crawley, *op. cit.*, p. 142.

inversiones y comercio de la CE se lleva a cabo en la actualidad con las naciones industrializadas —dos quintas partes de los intercambios comunitarios se realizan al interior de los países de la CEE²⁸—, en una relación que prioriza los intercambios norte-norte y no norte-sur.

La producción latinoamericana debe enfrentar, en su relación económica con la CEE, los obstáculos que interponen las políticas proteccionistas comunitarias "que muchas veces exceden el exclusivo campo comercial para responder a problemas de política económica y de política externa de la comunidad y sus países miembros".²⁹

Las manufacturas de la región no han podido penetrar con suficiente vigor en el mercado europeo, tanto por razones del proteccionismo de la CE como porque las economías de la región no han sabido aprovechar las ventajas otorgadas por el Sistema Generalizado de Preferencias. El impacto más negativo de estas políticas lo han sufrido las exportaciones agrícolas latinoamericanas, que no pueden competir con los productos subsidiados de la comunidad. Así, aunque América Latina no es un área beneficiada por tratos preferenciales o por atención especial por parte de la CEE —como sucede hoy en día con las economías centro-europeas—, ha sido "la región más afectada por su política, particularmente la agrícola y la comercial".³⁰

En los últimos años, la CEE ha privilegiado en su relación con América Latina el diálogo subregional o el tratamiento bilateral de problemas y asuntos de su interés por encima de desarrollar una política de alcances regionales que beneficie a los países del área en su conjunto. Ello, por supuesto, ha fragmentado a América Latina, para cuyos países hubiera sido más benéfico un trato a nivel regional.

Entre ambas regiones existen percepciones diferentes en torno al grado y profundidad de los vínculos establecidos, además de que es una realidad que ni América Latina ni la CEE cuentan, una frente a la otra, con una política definida de largo alcance.

La CEE ha respondido, en el pasado reciente, a determinadas coyunturas y temas latinoamericanos —como los derechos humanos o el apoyo a los procesos de democratización, etcétera— con políticas específicas que muchas veces —como en el caso del acuerdo franco-mexicano suscrito en 1981 por los gobiernos de México y Francia en torno a la guerra civil en El Salvador— no trascienden el marco particular de un solo país de la CE. Ha favorecido también vínculos bilaterales con algunos de los países de mayor desarrollo en el área respecto a objetivos de corto y mediano alcance. Su trato hacia América Latina es, a todas luces, insuficiente y es de esperarse que en la medida en que avance el proyecto de integración en su seno el futuro de la Europa unida del '92 estará condicionado por la apreciación de los intereses comunes que indudablemente promoverán nuevas inversiones al interior de la CEE o en su ahora vital área de seguridad: Europa central, en detrimento del comercio y las inversiones en los países del mundo en desarrollo.

En tanto América Latina no logre superar la crisis y reactive su economía, poco interés tendrán los capitales europeos de arriesgarse en un continente que, hoy por hoy, sigue siendo percibido como zona de influencia de Estados Unidos. Los desafíos para América Latina en su relación con la CEE están, pues, sobre la mesa.

(Octubre de 1991)

²⁸ Vid. SELA, *op. cit.*, p. 122-123.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Diego Luis Castellanos, "Hacia una revisión de las relaciones con la Comunidad Europea", en *Nueva Sociedad*, *op. cit.*, pp. 119-128, p. 124.